

Aire y Sol N° 137 Feb/84

Bs.As. ARGENTINA

AVENTURAS

CUEVA DEL LEON UN DESAFIO PARA ESPELEOLOGOS Y BUZOS EN LAS ENTRAÑAS NEUQUINAS

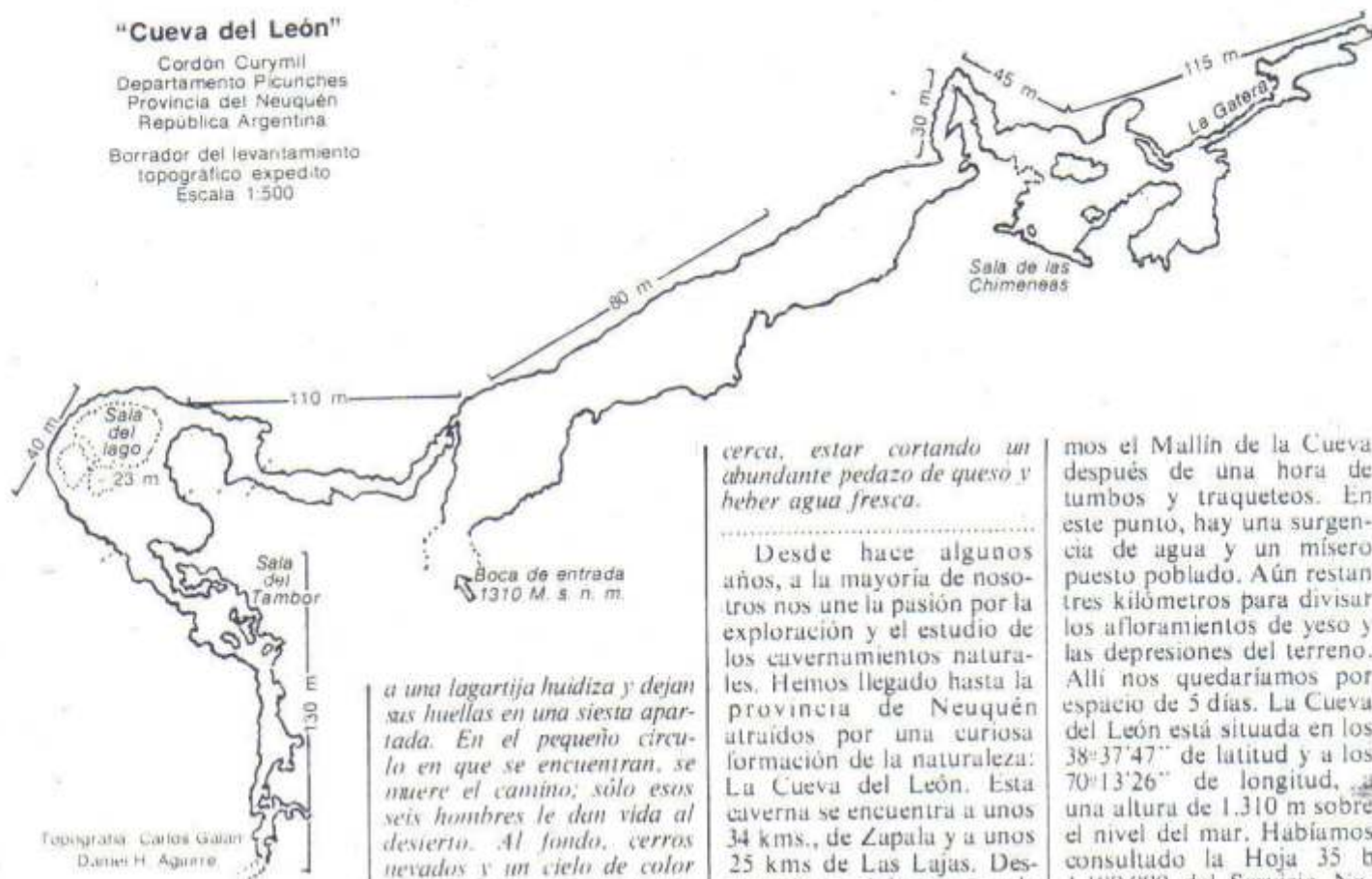
*Apenas abre su oscura boca
al calor del desierto. Pero,
en sus profundidades, un lago
azul excita la sed aventurera.
Tal el objetivo del grupo
de espeleólogos y buzos, que
aquí cuenta su experiencia.*



"Cueva del León"

Cordón Curymil
Departamento Picunches
Provincia del Neuquén
República Argentina

Borrador del levantamiento
topográfico expedido
Escala 1:500



Topógrafos: Carlos Galán
Daniel H. Aguirre

CUEVA DEL LEÓN

La boca de la cueva quedó abierta al exterior por causa de un derrumbe. Rodeada por paredes de yeso blanco sucio, se ve la entrada caer en una gradual oscuridad, como si fuese un embudo gigantesco. Llegamos con un sol fuerte, que bajaba a pique sobre la arena y unos pastos duros y ralos. Un viento no muy fuerte pero molesto empujaba el aire caliente. Nosotros preparamos el campamento a la altura de esa especie de hostezo que surgía de la tierra. Dispusimos las tiendas en círculo y comenzamos a ordenar el equipo, las sogas, las botellas de oxígeno y los viveres traídos en cajones de madera. Una de las carpas más chicas fue destinada a depósito de alimentos. Los que no habían soportado calor, fueron llevados a la entrada de la caverna. Imaginariamente observé el escenario desde un alto mirador. Seis individuos de movimientos lentos, con carpas de colores vivos y rostros cansados, asustan

a una lagartija huidiza y dejan sus huellas en una siesta apartada. En el pequeño círculo en que se encuentran, se muere el camino; sólo esos seis hombres le dan vida al desierto. Al fondo, cerros nevados y un cielo de color pálido y sin nubes. Las colinas bajas parecen agobiadas. Cuando vuelvo a la realidad, estoy rodeado de mis amigos: Enrique Lipps, Francisco Cabral, Jorge Gippone, Roberto Stanchuk, Jorge Nieves. Es bueno tenerlos

cerca, estar cortando un abundante pedazo de queso y beber agua fresca.

Desde hace algunos años, a la mayoría de nosotros nos une la pasión por la exploración y el estudio de los cavernamientos naturales. Hemos llegado hasta la provincia de Neuquén atraídos por una curiosa formación de la naturaleza: La Cueva del León. Esta caverna se encuentra a unos 34 kms., de Zapala y a unos 25 kms de Las Lajas. Después de un viaje por tren de unas 27 horas, fuimos transportados desde Zapala en un Unimog mediano, con el que pudimos transitar el tortuoso camino que se interna en una zona de medianas ondulaciones. Alcanza-

mos el Mallín de la Cueva después de una hora de tumbos y traqueteos. En este punto, hay una surgencia de agua y un mísero puesto poblado. Aún restan tres kilómetros para divisar los afloramientos de yeso y las depresiones del terreno. Allí nos quedaríamos por espacio de 5 días. La Cueva del León está situada en los 38°37'47" de latitud y a los 70°13'26" de longitud, a una altura de 1.310 m sobre el nivel del mar. Habíamos consultado la Hoja 35 b 1:100.000 del Servicio Nacional Minero Geológico y el fotograma Cordón Curymil 700 3D-18-1657/58/59.. Por segunda vez miembros de KARST, Organización Argentina de Investigaciones Espeleológicas y del Cen-



Boca de entrada de la caverna. No pocos de quienes quisieron explorarla regresaron sin dar con ella.

tro de Actividades Subacuáticas Buenos Aires coordinaban sus esfuerzos para continuar el estudio de esta caverna, una de cuyas salas alberga un considerable espejo de agua.

Las inmensas colinas, que son los focos de absorción de las lluvias y la nieve del invierno, siguen aportando su caudal al lago interior. Bucear en las aguas frías, tan sensibles a enturbiarse, era uno de los objetivos fundamentales de la expedición. Se pensaba, también, hacer una recolección de muestras del exterior y explorar el área circundante, realizar un estudio bioespeleológico y filmar una pe-

licula, que documentara los pormenores de esta aventura científico-deportiva.

Era la hora de iniciar los trabajos. Al acercarnos a la boca de la caverna, observamos que podían caer piedras de la ladera abierta por el derrumbe. Grandes bloques se amontonan y ejercen presión unos contra otros, manteniendo por ese encastramiento un inestable equilibrio. Temíamos que las cobras que rondaban la parte alta en busca de magros pastos provocarían avalanchas de piedras. Cargados con los pesados tubos de oxígeno que se usarían en las inmersiones, fuimos bajando

el talud de sesenta metros de largo y unos 45° de inclinación, para tenerlos en la misma entrada de la galería que conduce al lago. El material que fue rellenando la entrada resulta un caos de tierra y piedras sueltas. El olor a humedad es penetrante. Abajo teníamos una tenue penumbra y, como un inmenso foco de luz, desde la boca llegaba una claridad que nos parecía extraña. Tomamos nuestros gasógenos y los cargamos con piedras de carburo. En contacto con el agua que gotea por la abertura de los mismos, comenzó a desprenderse el gas acetileno. Su olor picante nos agrada. Los oscuros pasajes nos atraen.

Comenzamos la exploración del ala derecha. Por primera vez estábamos en la caverna en el mes de noviembre y veíamos que todo el centro de la galería presentaba agua. Debimos avanzar a media altura del costado derecho, entre innumerables bloques caídos. Los primeros 40 metros son amplios y abiertos. Nos deteníamos a mirar los arcos de yeso con vetas de carbonato de calcio, concrecionado en bellas y pequeñas estalactitas color caramelo. Nos repartimos la tarea entre la fotografía y las tomas de temperatura, marcando estaciones en las que se repetirían las lecturas en los días sucesivos. Ante la necesidad de no modificar el ambiente con nuestra presencia, debíamos colocar las trampas con sebo para captura de insectos lo antes posible. Algunas muestras de roca completaban el trabajo, que después sería debidamente clasificado y analizado en Buenos Aires.

Nos dirigimos hacia la llamada Sala de las Chimeneas, superando pasajes más angostos. Uno a uno pisamos por placas que me dan la impresión de que pueden desprenderse de un momento a otro. El goteo es continuo. Las luces blancas que tenemos en los cascos

nos dan una visión fantástica del paisaje de la caverna. Pisamos las charcas de agua y subimos una fuerte pendiente de arena mojada. La sala en cuestión tiene un techo que recuerda a un panal. El techo presenta varias chimeneas, de las que cae el material de derrubio. Subimos por una de ellas. Es un tubo resbalizo y húmedo, que no supera los seis metros de altura. El ascenso resulta muy trabajoso. Tratamos de no pensar que podría caer el tapón de arena que obtura su parte final. Las paredes presentan la formación que se conoce como "leche de luna" (así llamada en roca calcárea), de la cual sigue habiendo discusiones en cuanto a si su origen es de acción bioquímica. Su aspecto es lechoso y su color muy blanco. Tomamos muestras y sacamos fotografías. Estamos en presencia de un fenómeno de gran belleza y, si se quiere, inédito, por cuanto la formación Yeso Principal con aisladas presencias de carbonato de calcio y el lago interior que alberga, es único en nuestro país. Nos hallamos también con una realidad repetida y lamentable: individuos que con aerosol dejan su marca sobre las paredes, ensuciando todo. Creo que es delictivo. La llamada "gatera" se ve totalmente inundada y decidimos no explorarla. Buscamos salir al exterior después de seis horas de trabajo y nos recibe un cielo azul salpicado de estrellas. Intimamente sentimos satisfacción por nuestro cansancio y estoy seguro que cada uno de nosotros se sigue maravillando al pensar que por ese agujero negro se entra a un mundo de color tiza, en el que hay vida, y discontinuas y temibles gotas de agua rompen su perfecto silencio.

La noche es fría. Sentados en la arena nos disponemos a cenar para recuperar fuerzas. Discutimos los planes finales de la inmersión en



El grupo de espeleólogos en plena. Entre ellos, el autor de la nota.



El campamento, un colorido retazo de vida en medio del desierto.



La surgencia de agua próxima a la cueva, presencia bienvenida.



Con las luces del ocaso, los desérticos contornos de la Cueva del León cobran una singular belleza.

CUEVA DEL LEÓN

el lago. Se han repasado una y otra vez los pasos a seguir y las medidas de seguridad que deben tomarse. Las monobotellas han sufrido una disminución de la presión, que atribuimos al frío, y eso aminora los tiempos de buceo. Cuando el sol ya se ha levantado detrás de las colinas, nos encontramos revisando minuciosamente el equipo. Llegó el momento de bajar.

Inmediatamente a la izquierda de donde empieza el desarrollo horizontal de la cavidad, hay un pequeño agujero de entrada, que nos conducirá al lago. Apenas pasa un cuerpo con los pies hacia adelante y, encima, hay que pasar los tubos de oxígeno y el resto del material. Nos encontramos con una sorpresa: el pequeño pasillo está prácticamente inundado. El nivel del agua del lago ha subido un metro con respecto a otros años. Debemos recorrer los 110 metros metidos en el agua que tiene una temperatura de 6° C. Muy lentamente progresamos por el pasaje que, de a momentos, se ensancha y, en otros,



Los trabajos de bioespeleología convivieron con la exploración subacuática. No hubo tregua alguna.

dificulta la navegación del pequeño bote inflable que transporta las botellas. Aunque hacemos todo lo posible por no levantar sedimento, el agua rápidamente se ve turbada por el limo. El río nos penetra y no podemos

detener el avance. Llevamos linternas estancas y sogas de seguridad. Las cámaras fotográficas están bien protegidas y, además, contamos con una subacuática.

Allí está. El lago es una intensa mancha azul. La cá-

pula del techo aumenta su misterio, mientras la total oscuridad del lugar ofrece una visión fantasmal. Los buzos se preparan trabajosamente, ya que las mantobras son difíciles de realizar. Sus linternas en el agua y el ruido





Las colgaduras calcáreas de la caverna y su seductor espectáculo.

del burbujeo rompen el secreto de la sala. Hay derrumbes. No existe costa que permita acceder caminando a la Sala del Tambor. Los buzos siguen trabajando. Se sumergen y tienen la impresión de flotar entre paredes de hielo. El yeso es de un blanco puro, detenido en suaves ondulaciones por los golpes de gubia. Se ha descendido 25 metros como promedio y todavía quedan por explorar las galerías laterales del fondo. Dejan una placa testimonial en el fondo del lago y recogen muestras de rocas.

Finalmente salen a la superficie. El lago, con su pozo principal que parece un reloj de arena, recobra su calma. El agua semeja recuperar poco a poco su tono cristalino. Estamos sensiblemente cansados. La permanencia de tantas horas en contacto con el agua fría nos ha quitado el calor del cuerpo. Pero aún no terminó la tarea. Instalamos un termómetro para lectura de temperatura máxima y mínima, y confiamos que otros espeleólogos nos hagan llegar los datos que puedan observar, a fin de seguir conociendo el comportamiento del microclima de la cueva. También dejamos un hidrómetro, para tener indicios del crecimiento del nivel del agua. Felizmente, los esfuerzos se van compensando: capturamos un co-

leóptero en el interior de la caverna y una amplia gama de especies menores de la fauna exterior.

Salgo al encuentro del sol. La sensación que tengo es agradable. me quedo largo rato con mis pies desnudos sobre la arena caliente. Nos reímos. Los equipos están desparramados en el campamento. Ahora, sólo pensamos en tener la piel tibia y descansar.

En un camión 1114 nos alejamos del lugar. Sabemos que no se queda solo. Sabemos que su ciclo de siglos sigue lento y constante. En el viaje de regreso, la luz amarillenta del vagón del tren y algunas toses inoportunas, acompañan mis pensamientos: un lago azul vive en el fondo oscuro de una caverna.

Jorge González

Fotos: Jorge Nieves.

AGRADECIMIENTOS:

Gendarmería Nacional-Escuadrón 31 Las Lajas y Sec. Zapala (Neuquén); Sr. Garate Zuvillaga-Museo F. Olsacher-Zapala (Neuquén); Frigorífico La Unión-Buenos Aires; Kolber SA-Buenos Aires; y C.A.S.B.A. -Buenos Aires.



Abajo: Zona de Cuchillo Curá, donde se abre la Cueva del León, un desafío para buzos y espeleólogos (fotos superiores).

